

Posiciones

La literatura latinoamericana como proceso: un proyecto crítico entre la unidad y la diversidad

*La literatura latinoamericana como proceso:
a critical project between unity and diversity*

Facundo Gómez

Centro de Historia Intelectual (UNQUI) – CONICET

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2616-4834>

gomezcfacundo@gmail.com

Recepción: 5/03/2024

Aprobación: 29/05/2024

Resumen: *La literatura latinoamericana como proceso* (1985) forma parte de un proyecto historiográfico coordinado por Ana Pizarro y se constituye un texto fundamental en el desarrollo de la crítica literaria latinoamericana. Se propone, por lo tanto, un examen de la obra a partir de dos perspectivas. La primera apela al archivo para reconstruir la historia del emprendimiento e identificar tensiones entre la mirada crítica local y las orientaciones del comparatismo metropolitano. La segunda ensaya una lectura de la obra que ilumina ciertas operaciones críticas de notable significación para el campo de estudios. Al considerar que el libro toma la cuestión de la diversidad como piedra basal de una nueva comprensión de la historia de las letras en la región, se indaga cómo es pensada la relación entre heterogeneidad e identidad cultural. En ese sentido, el detenimiento en la concepción de la literatura latinoamericana como “unidad y diversidad” revela que el sintagma es utilizado como un dispositivo que posibilita a los autores

jerarquizar el carácter heterogéneo de las creaciones regionales sin renunciar al linaje latinoamericanista integrador.

Palabras claves: Historia Literaria, Literatura Latinoamericana, Crítica literaria, Diversidad Cultural, Ana Pizarro , “Unidad y Diversidad”.

Abstract: *La literatura latinoamericana como proceso* (1985) is part of a historiographical project coordinated by Ana Pizarro and has become a cornerstone in the development of Latin American literary criticism. Therefore, an examination of the work is proposed from two perspectives. The first delves into archival research to reconstruct the history of the initiative and identify the tensions between local critical perspectives and metropolitan comparative approaches. The second offers a reading of the work that highlights critical operations of significant importance to the field of study. By considering diversity as the foundation for a new understanding of the region’s literary history, the analysis explores the relationship between heterogeneity and cultural identity. In this context, examining the conception of Latin American literature as “unity and diversity” reveals that this phrase serves as a framework allowing authors to emphasize the heterogeneous nature of regional creations without forsaking the integrative Latin Americanist lineage.

Keywords: Literary History, Latin American Literature, Literary Criticism, Cultural Diversity, Ana Pizarro, “Unity and Diversity”.

A pesar de su consagración como obra clásica en el ámbito de los estudios latinoamericanos, *La literatura latinoamericana como proceso* (1985), coordinado por Ana Pizarro, continúa sin ser objeto de un análisis específico y exhaustivo. La observación bibliográfica contrasta con la significación del volumen en el desarrollo de nuestro discurso crítico. La obra implicó la apertura de una serie de hipótesis, conceptos y cuestiones metodológicas que todavía hoy interpela a la comprensión de las letras del subcontinente.

Cumplidos los cuarenta años del encuentro de expertos que le dio origen, nos proponemos una primera exploración sobre el volumen. De ninguna manera pretendemos convertir esta contribución en una interpretación general

del libro; en principio, lo que buscamos es iniciar un proceso de indagación, dado en el marco de una investigación posdoctoral,¹ que postule a la obra como un texto clave de la crítica literaria latinoamericana, en el que se pueden identificar cambios, tensiones y revisiones fundamentales acerca del modo de pensar y estudiar las letras y la cultura de la región durante los primeros años de la década del ochenta. Nuestro trabajo busca ubicar la obra en un proceso intelectual que involucra sujetos, espacios, instituciones y tradiciones que condicionan su devenir y su impacto en los estudios latinoamericanos posteriores.

En lo que sigue, planteamos un abordaje de la obra en dos movimientos. El primero de ellos consiste en su puesta en contexto, mediante un relato que ordena las instancias decisivas del proyecto, desde las primeras gestiones hasta la edición en los noventa de *América Latina: palabra, literatura e cultura*, con especial atención a la reunión de expertos de Caracas de 1982 y los distintos vaivenes institucionales. El segundo movimiento se despliega como una indagación puntual de *La literatura latinoamericana como proceso*, focalizada en los modos en que Ana Pizarro y otros intelectuales recuperan, cuestionan y reformulan un tópico trascendental para la tradición crítica latinoamericana: la identidad.

Nos detenemos sobre todo en una idea: la de “unidad y diversidad”, un sintagma bien instalado en el discurso crítico regional, que condensa el

1. El proyecto se titula “Latinoamericanismo en debate: tensiones y transformaciones de la crítica literaria en los años ochenta”. Radicado en el Centro de Historia Intelectual de la Universidad de Quilmes (Argentina), bajo la dirección de Ximena Espeche, la investigación que llevo adelante gracias a una beca del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas) indaga los desplazamientos y reformulaciones que el discurso crítico latinoamericano experimenta por esos años, a partir de disruptivos diálogos transdisciplinarios y ante nuevos escenarios culturales, políticos y sociales.

ánimo integrador del linaje latinoamericanista, a la vez que expone ciertas vetas problemáticas de una mirada que subraya lo unitario y relativiza, ocluye e incluso silencia las diferencias. El abordaje de la obra, entonces, se establece a partir de una hipótesis tentativa: aun con significativos matices y claroscuros, el libro de Pizarro propone definiciones sobre su objeto de estudio –la literatura latinoamericana– que toman la cuestión de la diversidad como piedra basal para una nueva comprensión de la historia de las letras en la región.

De París a Campinas: debates y desplazamientos de un proyecto sinuoso

El origen del emprendimiento historiográfico en el que se enmarcan las reuniones de Campinas y el libro en cuestión puede situarse en París, en la década del setenta, cuando Ana Pizarro empieza a elucubrar la tentativa durante su exilio en Francia. Tal como la intelectual chilena lo explica en una entrevista realizada por Claudio Maiz (2013), la idea responde a cierta insatisfacción ante los panoramas historiográficos disponibles a la fecha. Gracias a su trabajo en la academia francesa y el respaldo de su mentor en la Sorbona, la autora empieza a colaborar con la Asociación Internacional de Literatura Comparada (AILC), una institución central para el ámbito de la subdisciplina, que por esos años se halla comprometida con la producción de la colección *Historia comparada de las literaturas en lenguas europeas*. Junto a Jacques Leenhard, Pizarro diseña un borrador de proyecto y lo presenta a la asociación, en el marco de aquel gran proyecto colectivo transnacional.

Esta proposición inicial consiste en sumar un capítulo latinoamericano a la colección en desarrollo, que permita ensayar una nueva mirada sobre el devenir de las letras del subcontinente, orientadas por los preceptos del comparatismo metropolitano. La moción es aceptada por la asociación, no sin algunos resquemores ante el plan expuesto y la experiencia de Pizarro para liderar la tentativa. La AILC contacta por entonces a Ángel Rama y le solicita formar parte de un consejo asesor que analice y evalúe el borrador de Pizarro, tal como se lee en la carta que Henry Remak, profesor de la Universidad de Indiana, especialista en literaturas comparadas, le escribe al crítico el 25 de marzo de 1980. El uruguayo recibe el esquema inicial de Pizarro y Leenhardt y lo cuestiona radicalmente (Rama, 2022: 640). Según queda consignado en la carta enviada a Antonio Cândido en abril de ese año, Rama considera que el proyecto así enunciado es inviable, en tanto se enfoca en la literatura hispanoamericana — lo que coloca a la producción brasileña como mero apéndice— y la producción culta y contemporánea —lo que excluye las creaciones indígenas y reduce el aporte de las letras coloniales—. Por lo tanto, le envía a su par brasileño el borrador original con sus críticas y le pide su colaboración para reformular el proyecto y enviarlo de nuevo a la AILC.

Las tensiones iniciales, observadas en el epistolario de Rama, con corroboradas por la misma Ana Pizarro. Según su testimonio, luego de trasladarse a Caracas en 1980 para trabajar como docente e investigadora en la Universidad Simón Bolívar, contacta a Cândido y a Rama para obtener su colaboración en el proyecto. El brasileño acepta sin demasiadas objeciones, pero las críticas de Rama son furibundas y demandan una reelaboración total

del primer borrador. “Empezar de foja cero” es la frase con la que Pizarro alude a la indicación del uruguayo, que es aceptada.

Con el aval de Cândido y Rama, el proyecto prosigue con la primera reunión de expertos, celebrada en Caracas hacia 1982. Participan como invitados Antonio Cândido, Antonio Cornejo Polar, Rafael Gutiérrez Girardot, Mario Valdés, Beatriz Garza Cuarón, Jean Franco, Domingo Miliani, Kenneth Ramchand, Roberto Schwarz, Franco Meregalli y Jacques Leenhardt, a los que se suman Hugo Achugar, Carlos Pacheco y Beatriz González como integrantes de la comisión asesora para la organización del evento. La ausencia más destacada es la de Rama, quien se encuentra en un litigio legal contra el Servicio de Migraciones norteamericano tras la denegación de su visa de residencia. A lo largo de 1982, el uruguayo apela la decisión y libra una campaña pública para denunciar la expulsión y la persecución ideológica, por lo que no puede acudir a varios compromisos culturales fuera de los Estados Unidos, entre los cuales se halla la reunión de Caracas.

Bajo los auspicios de la Unesco y la Universidad Simón Bolívar, los intelectuales convocados discuten la fundamentación teórica y los diferentes problemas metodológicos involucrados en la propuesta inicial de Pizarro. Las ponencias del evento han sido compiladas en la obra *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*, publicada por El Colegio de México y la casa de estudios venezolana en 1987. El libro está dividido en cinco capítulos; cada uno de ellos aborda las problemáticas historiográficas centrales e incluye tanto las conferencias de los especialistas como las discusiones posteriores que se dan entre los presentes, lo que le da a la obra un carácter marcadamente polifónico.

En el volumen se resaltan los desacuerdos e incertidumbres ante los propósitos, orientaciones y metodologías para abordar la escritura de la historia. La polémica más relevante se da entre los especialistas europeos que representan a la AILC y los intelectuales latinoamericanos que discuten el carácter colonial de ciertas proposiciones metropolitanas, que parecen no tener en cuenta las particularidades sociales e históricas de América Latina. La tensión se expresa sobre todo en el contrapunto dado entre Franco Meregalli, un reconocido hispanista italiano, y tres figuras centrales del proyecto: Antonio Cornejo Polar, Domingo Miliani y Antonio Cândido. El crítico brasileño, cuyo magisterio es reconocido a lo largo de los intercambios, concluye el debate con una reivindicación de la perspectiva latinoamericanista desde la que es concebido el proyecto: “Es por eso que afirmo que mi proyecto, mi premisa es básicamente política. Yo estoy aquí no tanto como crítico literario o como profesor de literatura: yo estoy aquí, ante todo, como político latinoamericano” (apud Pizarro, 1987: 72).

No obstante, tal como ha sido analizado en detalle en un trabajo ya publicado (Gómez, 2021), las tensiones entre el método comparatista y el anhelo latinoamericanista no se terminan de resolver. Los debates se complejizan ante proposiciones historiográficas renovadoras, tales como la inclusión de las literaturas indígenas, la consideración de la producción popular y oral, la construcción de una mirada crítica interdisciplinaria y la discusión sobre periodización y modelos historiográficos. De resultas, el Informe Final de *Hacia una historia de la literatura latinoamericana* expresa respuestas poco convincentes a las problemáticas aludidas. Las conclusiones se llenan de incertidumbre y es tan amplio el espectro de cuestiones abiertas que el diseño de una periodización

inicial para el proyecto queda postergado para una próxima reunión. La operación intelectual más importante que se traza en Caracas es la postulación de un “comparatismo contrastivo”, una noción que surge de la intervención de Domingo Miliani y que se piensa como una apropiación crítica del método comparativo en aras de cuestionar sus aspectos más eurocéntricos.

El emprendimiento historiográfico continua con la reunión de Campinas de 1983 —cuyas resoluciones son recogidas en *La literatura latinoamericana como proceso*—, y prosigue por varios años más. Este período de trabajo no ha sido reconstruido en detalle, por lo que solo se cuenta con datos discretos para reconstruir la narrativa, aludidos por la chilena en la entrevista ya mencionada. Se puede apuntar entonces que, tras la pérdida de Rama, Pizarro trabaja con Cândido para avanzar en la concreción del proyecto. En esos momentos se da un hecho fundamental: la ruptura con la AILC por las diferencias irreconciliables en la forma de comprender la literatura latinoamericana y el comparatismo. El disenso, que ya había aparecido en la primera reunión, no deja de ahondarse en las discusiones siguientes y llega a la fractura. A pesar de la separación, el proyecto continúa. Pizarro construye a lo largo de toda la década una red de al menos cien especialistas que escriben sobre distintos aspectos de la literatura latinoamericana. La historia literaria deviene una colección de ensayos que se organiza en tres grandes períodos, de acuerdo con los consensos logrados en el encuentro de Campinas. La institución que financia la publicación es el Memorial de América Latina, una fundación brasileña con un ideario latinoamericanista.

Entre 1993 y 1995 son editados en São Paulo los tres grandes tomos que conforman *América Latina: palabra, literatura e cultura*. Los cambios entre las ideas y

diseños intercambiadas en las reuniones y la plasmación de la obra definitiva son significativos. Aunque Walter Mignolo (1994-1995) y María Teresa Gramuglio (2013) se han detenido lateralmente en el tema para indicar la distancia entre los debates de la reunión de Campinas y los volúmenes de los noventa, se trata de una obra que tampoco ha sido indagada en su profundidad, lo que llama la atención por el notable esfuerzo intelectual implicado en su producción y también por las particulares ideas de literatura y cultura latinoamericana que propone. Con los tomos de *América Latina: palabra, literatura e cultura* sucede algo similar que con los dos libros de las reuniones: aunque son citados proficuamente en monografías, tesis y programas de materias, no han sido tomados como objeto de estudio. Otra deuda bibliográfica que alienta nuevas investigaciones, intercambios y debates para los estudios literarios latinoamericanos.

La literatura latinoamericana como proceso: más allá de la unidad y la diversidad

Tras este recorrido por la historia del proyecto, avanzamos con el análisis de *La literatura latinoamericana como proceso*. El carácter latinoamericanista del tomo se pone de manifiesto en sus primeras páginas. Tras unos párrafos que reseñan el camino desde las reuniones de Caracas, el texto rescata el trabajo de colaboración tendido entre instituciones académicas de la región y explicita su confluencia con una idea bastante conocida de Ángel Rama, quien por esos años había postulado que América Latina es “un proyecto intelectual vanguardista que espera su realización” (apud Pizarro, 1985a: 10).

El “Prefacio” resalta sobre todo el espíritu pragmático de su frase y la convicción de que escribir sobre América Latina es colaborar con su concreción histórica: “Estamos convencidos, en efecto, de que realizar un trabajo cultural en nuestro continente, tanto en el campo del discurso simbólico como en el de su aprehensión conceptual, no es solo una forma de plasmar su expresión sino también una manera de construirlo” (Pizarro, 1985a: 10). Así, todo el volumen converge en la voluntad latinoamericanista de la unidad regional y plantea sus hipótesis y descubrimientos como un aporte sustancial a un “proyecto intelectual vanguardista”, en el cual los trabajos de Rama continúan las aspiraciones de otros dos referentes intelectuales: Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. En conjunto, son agrupados dentro de una “estirpe de soñadores rigurosos” que “creen en la utopía y vislumbran el camino de su realización” (1985a: 10). Se construye así un linaje de nombres tutelares y de trabajos sustanciales en torno a América Latina y su cultura que el proyecto pretende continuar.

Esta mirada puesta en autores clásicos se refrenda en la “Introducción”, también a cargo de Ana Pizarro. Bajo el subtítulo “Los problemas previos” se reseñan algunos elementos básicos para pensar la historia de la literatura latinoamericana. El primero de ellos es la misma noción de América Latina, que recupera nombres claves en la acuñación del término, cuando autores como José Torres Caicedo y José Martí la enarbolan en el siglo XIX como una defensa ante la incipiente amenaza imperialista de los Estados Unidos. En gran medida, el panorama se apoya en las reflexiones que Arturo Ardao desarrolla desde mediados de siglo en el semanario *Marcha* y que hacia 1980 reelabora como libro en *Génesis de la idea y el nombre*

de América Latina (2019).² De acuerdo con Pizarro, en el ámbito de los estudios literarios, el esquema inicial del latinoamericanismo de finales del siglo XIX fue debidamente corregido para incluir la producción de países cuyo idioma nacional no es el español, como Brasil y algunos países del Caribe, así como también para incorporar el legado indígena, tal como lo proponen en distinto sentido José Carlos Mariátegui y Raúl Haya de la Torre en el XX.

Así se llega a una definición de la literatura latinoamericana, que se enuncia en los siguientes términos: “Unidad diversificada, el discurso de la literatura latinoamericana no constituye sino la plasmación a nivel estético de la organización que estructura históricamente al continente y que se expresa en la cultura a través de toda una serie de mediaciones” (Pizarro, 1985b: 18). Varias cuestiones relativas al proyecto historiográfico se desprenden del enunciado. En primer lugar, hay una referencia a la idea de la literatura latinoamericana como “unidad y diversidad”, que se vuelve recurrente en todo el volumen. Una y otra vez, se apela a la noción para caracterizar las letras regionales como un conjunto que mantiene su coherencia y homogeneidad a pesar de las notas diferenciales de cada entorno nacional.

La idea es atribuida a José Luis Martínez, el crítico mexicano que participa de las reuniones de Campinas y que hacia 1972 publica una obra titulada *Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana*. En el primer ensayo del libro, el autor explica que la mentada unidad de las letras de la región se

2. El volumen fue reeditado como libro en 2019 por la Universidad Autónoma de México. La obra de Ardao es un objeto de estudio clave en las investigaciones sobre el latinoamericanismo, tal como lo expresan los ensayos de Carlos Altamirano en *La invención de Nuestra América* (2021), que toman las reflexiones del uruguayo como punto de partida para indagar las distintas inflexiones y apropiaciones del término.

apoya en la lengua, el mestizaje cultural, el *tempo* y la sensibilidad, la situación histórica y el destino común de las naciones latinoamericanas (1972: 18). Hay una clara apuesta por la síntesis y una integración que lee la heterogeneidad cultural apenas como “notas” nacionales o dinámicas más específicas de ciertas “áreas culturales”, cuya relevancia no alcanza a cuestionar el rasgo unitario de la literatura latinoamericana, estrechamente anudada a un proceso de toma de conciencia y autoafirmación identitaria (26).

Lo peculiar del uso del sintagma en *La literatura latinoamericana como proceso* es que la frase deviene un ideologema que busca conciliar la mirada integradora clásica con una percepción alternativa de lo diverso, que ya no es conceptualizado en Campinas como mera nota marginal, sino como elemento constituyente tanto de la creación literaria como de la mirada crítica sobre su devenir histórico. La apelación al ideologema, entonces, ilustra la tensión dada entre una agenda crítica todavía adscripta a la anotación identitaria y la revisión puesta en curso durante las jornadas.

De la frase de Pizarro, además, se desprenden otros dos sentidos, uno ligado al linaje latinoamericanista clásico y otro a las perspectivas más renovadoras. Tras la palabra “plasmación”, se comprueban los ecos de la famosa frase de José Martí acerca de la ligazón entre independencia política, unidad cultural y creación literaria en la región, así como también la tesis contenida en el título de una de las obras más importantes de Pedro Henríquez Ureña, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, que plantea que el mayor desafío literario en el subcontinente consiste en dar con un lenguaje propio que logre representar su realidad histórica. La frase de Pizarro se apropia así de la inaugural hipótesis

martiana: las letras latinoamericanas expresan estéticamente un proceso histórico de emancipación y desarrollo y, por lo tanto, se conciben como representación de una realidad y una identidad colectiva previa: la latinoamericana.

Este costado más tradicional —y problemático— de la definición se complementa, empero, con otro elemento que permite romper con la noción especular que es central en la agenda identitaria. El apunte acerca de una “cultura” que se construye mediante una “serie de mediaciones” instaura una distancia opaca y compleja entre hechos históricos y escritura literaria que rompe con la ecuación martiana y reconoce la posibilidad de diálogos más productivos entre literatura, arte, sociedad e historia. Además, traza una operación clave para leer las proposiciones de *La literatura latinoamericana como proceso*: postular a las letras como un discurso inserto junto a otros en el entramado más general de la cultura, lo que empuja a un trabajo interdisciplinario que abandone los métodos clásicos de la filología y el estructuralismo para ensayar una lectura de materiales heteróclitos, en la cual el canon culto dialoga de forma mucho menos jerarquizada con otras realizaciones culturales.

Operaciones en torno a las definiciones identitarias

Entre las certezas del latinoamericanismo y las inquietudes de lo heterogéneo, los autores abrevan en la cuestión de la identidad de manera oscilante: hay una fervorosa apuesta por la unidad que enseguida se matiza ante la captación de lo diverso, sin dejar de adherir al ideario religador. Uno de los trabajos más representativos de esta operación es el firmado por Ana Pizarro y Carlos Pacheco.

En “Aprehender el movimiento de nuestro imaginario social”, los dos críticos recuperan el legado integrador. El texto se inicia con el balance de la reunión de Caracas de 1982. A sus miras, el logro más importante del encuentro anterior fue orientar el proyecto como “una labor de vocación latinoamericanista” (1985: 68). La figura de Henríquez Ureña vuelve a destellar como un modelo intelectual; en particular, por su forma de pensar la historia de la literatura latinoamericana como un elemento de autoconocimiento y autoconciencia. Desde este punto de vista, la elaboración de la historia no solo presenta un valor en términos de conocimiento, sino que aporta un sentido cultural y político, en tanto participa del esfuerzo por construir la unidad de la región y alcanzar una expresión propia. De hecho, los autores no dudan en caracterizar la tentativa como utópica y en ponderar de forma positiva el aporte de la reunión de Campinas en esta misma empresa colectiva: “Lo que buscamos diseñar fueron los instrumentos conceptuales que nos permitieran poder comprender para construir la unidad en la diversidad de la literatura latinoamericana” (68).

El ideologema vuelve a aparecer, en parte como recuperación de la confianza en cierta unidad concreta, en parte como respuesta ante cuestiones literarias y culturales que los autores advierten en su texto. Muchas de ellas se condensan en torno a los problemas historiográficos planteados a lo largo de las discusiones. Pacheco y Pizarro pasan revista entonces a tres orientaciones teóricas que consideran limitadas a la hora de periodizar la literatura latinoamericana. Una es denominada la “lectura fragmentadora” e implica la organización de las manifestaciones literarias según una estricta cronología, lo que disgrega el desarrollo en común y omite fenómenos de religación e intercambio. Otra es

la “lectura nacionalista”, que construye panoramas a partir de la sumatoria de las diferentes literaturas nacionales, lo que deriva en un esquema rígido, en desmedro de la orientación integradora. Pero la dirección que mayores consecuencias tiene es la “lectura selectiva”, entendida por los autores como un recorte clásico —y arbitrario— en la historiografía vigente, que privilegia ciertos materiales y excluye a otros. En algunos casos, el dispositivo adquiere resonancias en lo social y lo político: la jerarquización de los autores canónicos y sus críticos, la marginación de los sujetos subalternos.

¿Cuáles son las creaciones que han quedado por fuera de la historia de la literatura latinoamericana? Las “manifestaciones populares e indígenas” y la oralidad, por un lado; las producciones escritas en idiomas europeos distintos al español, por el otro. Es decir, la nueva historia debe conceptualizar, incluir y analizar productos literarios y culturales que exceden los límites de la literatura culta —hasta entonces el exclusivo objeto de estudio de la historiografía— y asimismo de la tradición hispanoamericana —que instala la lengua como criterio de unidad para demarcar las letras latinoamericanas—. La operación es audaz y ambiciosa, porque condiciona un trabajo de investigación capaz de vincular y ordenar sobre un mismo desarrollo temporal, no solo las literaturas de todos los países de lengua castellana, de Brasil y del Caribe francés, inglés y neerlandés, sino también las elaboraciones indígenas, populares y orales. Se entiende entonces cómo el ideograma de la unidad y la diversidad funciona como una suerte de dique ante el desafío. Ya no es apuesta por la síntesis y el mestizaje, como lo propuso Martínez; ahora es también contención precaria ante el asedio de las diferencias.

Las consecuencias de integrar las creaciones marginadas aparecen en otros momentos del libro. Uno de los más trascendentes, de cara al legado latinoamericanista, se da nuevamente en la “Introducción”. En la sección dedicada a la “perspectiva comparatista”, Ana Pizarro inserta un artículo suyo, publicado previamente en *Casa de las Américas*, cuyo título original es “Sobre las direcciones del comparatismo en América Latina”. Allí postula que una historia de la literatura latinoamericana pensada desde la perspectiva comparatista debe lidiar con la relación entre lo local y lo universal, la articulación entre sistemas literarios nacionales y la pluralidad cultural.

El último punto es revelador: sobre él vuelven a confluír los tópicos de lo indígena, lo popular y lo oral. Pizarro reflexiona sobre la problemática de las literaturas indígenas a partir de las elaboraciones de Cornejo Polar, Rama, Rubén Bareiro Saguier y Martín Lienhardt, pero también abreva en estudios sobre las letras africanas. Luego menciona brevemente la cuestión del folklore y las literaturas populares y toma a la literatura de cordel brasileña como un objeto de estudio que la historia literaria debe abordar por su originalidad y relevancia. Incluso llega a comentar, sin demasiada profundización, la creación plurilingüe del Caribe, atravesada por la diversidad de culturas y el fenómeno de la migración. La unidad parece desbordada por la diversidad, al punto de que Pizarro se ve obligada a advertir:

La coexistencia de sistemas culturales diferentes, como es en gran parte del caso aquí, pone en cuestionamiento la noción monolítica de estado-nación, de unidad orgánica lingüística y culturalmente instituida. Ignorar esta coexistencia tiene consecuencias para el análisis

en la medida en que implica utilizar un concepto de literatura (y de cultura) referido solo a uno de estos segmentos, que en bastantes casos es el minoritario: el de las literaturas “eruditas”. Es, por lo demás, el concepto que han utilizado tradicionalmente la historiografía y la crítica continentales (Pizarro, 1985b: 51).

Si bien la frase apunta a la noción de “Estado-nación”, es posible entender que el cuestionamiento atañe también al modo tradicional de entender la literatura de la región por parte del linaje latinoamericanista. Lo que Pizarro afirma es que una captación comprometida de lo heterogéneo torna inconducente construir un panorama historiográfico integrador que omita la existencia, entrecruzamiento, conflicto y superposición de productos estéticos y sistemas literarios que van más allá de lo culto y lo nacional. El problema es que la idea misma de literatura latinoamericana ha sido pensada como una creación erudita, en español y conformada por diferentes literaturas nacionales; por lo tanto, es preciso avanzar sobre ciertas certidumbres latinoamericanistas.

La autora pone el énfasis aquí en la noción de “identidad”, un elemento privilegiado del ideario integrador, que anuda a las letras regionales con ciertas tareas de “autoconocimiento”. Pues bien, Pizarro matiza la productividad del concepto y escribe que, si bien ha sido un tema que ha obsesionado al pensamiento local, el mismo carece de potencial heurístico al ser pensado en abstracto, como representación general de una entidad inasible. La única posibilidad de tornar operativa la noción es a partir de un análisis material de las obras literarias y los fenómenos culturales que luego pueda vincularlos. En todo caso, es imperativo cancelar la infructuosa búsqueda de lo propio clásica del latinoamericanismo

y reemplazarla por una propuesta metodológica distinta: por ejemplo, el “comparatismo contrastivo”, enunciado por Miliani en Caracas.

Formulada por la coordinadora general del proyecto y la autora del capítulo en cuestión, la crítica a la identidad parecería adquirir un sentido categórico. No es el caso. Apenas unas páginas después, la misma Pizarro sentencia: “Históricamente es cierto que la literatura latinoamericana ha llegado a constituirse en un discurso relativamente homogéneo —en su diversificación— e integrador” (62). La frase reformula el ideograma de unidad en la diversidad y subraya la homogeneidad e integración de la literatura latinoamericana, lo que contradice a las claras todo el trabajo previo de cuestionamiento.

Lo anterior constituye una muestra de cómo la agenda identitaria es retomada y puesta en crisis a la vez a lo largo del libro. Los críticos apelan al linaje latinoamericanista para construir la unidad, mientras en simultáneo toman nota de una heterogeneidad que pone en riesgo el proyecto integrador original. Las respuestas son ambiguas y las posiciones inestables. La tensión surge cuando el anhelo de continuar la tarea de los “soñadores rigurosos” choca con una realidad muy distinta a la de las décadas pasadas, así como también con una conciencia más nítida, por parte de los críticos, de las grietas, conflictos, solapamientos y destiempos que atraviesan las letras y la cultura latinoamericana.

A modo de conclusión

La mirada diacrónica sobre el proyecto y la sincrónica con el libro permiten trazar algunas conclusiones sobre los sentidos de *La literatura latinoamericana como proceso*. Al registrar los debates con el comparatismo

europeo y la ruptura con la AILC es posible afirmar que la entera tentativa se construye como una reivindicación militante del linaje latinoamericanista. En el libro, la apelación a los grandes nombres de la tradición funciona como invocación a los ilustres predecesores y como legitimación de los propios postulados. Pizarro y sus colegas enfrentan una mirada sobre la literatura latinoamericana fundada sobre moldes metropolitanos, que descrea de los aportes de los expertos locales y refuta la posibilidad de pensar una historia literaria atenta a las particularidades y conflictos de la creación regional. Ese debate fuerza la orientación latinoamericanista y motiva la necesidad de pensar el proyecto como un aporte a la integración y el autorreconocimiento.

No obstante, la lectura atenta del texto impide pensar que se trata de una mera actualización del programa integrador clásico. *La literatura latinoamericana como proceso* no solo evita encadenar sus exploraciones a las certidumbres de este linaje; se propone cuestionarlo y reformularlo. Más allá de que sus participantes no dejan de reconocerse en un legado intelectual de integración cultural y reivindicación política, las reuniones de Campinas problematizan explícitamente aquel latinoamericanismo clásico. Principalmente, el libro avanza contra la idea de la identidad cultural como cifra de la literatura del subcontinente. Desde la incomodidad inicial de Pizarro en París con las historias literarias vigentes hasta las proposiciones de la “Introducción” sobre la necesidad de incluir de manera programática las elaboraciones indígenas, populares, orales y las letras de Brasil y el Caribe inglés, francés y neerlandés, el proyecto historiográfico adopta la heterogeneidad cultural como definición de la literatura latinoamericana. La operación es sustancial y sobre ella se constituyen otros postulados, metodologías

e hipótesis del libro, como el comparatismo, la periodización, el trabajo con áreas culturales, los polos de religación y hasta el enfoque interdisciplinarios. El carácter de texto clave de *La literatura latinoamericana como proceso* se cifra principalmente en esta idea: las letras locales no pueden ser pensadas sino a partir de sus diferencias, entre sí mismas –sus sujetos, lenguas, tradiciones, clases, sistemas, fenómenos– y entre ellas y la producción global. Así como no hay unidad que acale lo disímil, tampoco hay originalidad por contraste con lo otro. Lo que se comprueba, en cambio, es una trascendental significación que está dada por las heterogeneidades, los conflictos, las confluencias y las tensiones –literarias, sociales, históricas, culturales–.

En este punto, otro matiz se impone en la revisión del libro, puesto que, como hemos visto, la reformulación no es radical ni las proposiciones se atreven a ir mucho más allá de lo conocido. Cuando las diferencias se extreman y la diversidad pone en crisis la idea de unidad cultural, sobreviene un repliegue argumental. Los autores vuelven hacia saberes previos y adscriben a un ideologema que parece eficaz, a pesar de su evidente desgaste: la literatura latinoamericana como “unidad y diversidad”. El análisis trazado coloca al sintagma como un dispositivo que le permite al libro celebrar lo heterogéneo sin renunciar al linaje latinoamericanista.

El tema de la identidad no es el único que organiza las intervenciones de la reunión y los capítulos del libro. Más bien, es el eje de una de las distintas agendas que atraviesan el encuentro. Otras pueden ser la agenda modernizadora, que busca sofisticar las herramientas heurísticas de la crítica literaria latinoamericana, o la agenda inclusiva, que pone su énfasis en el diálogo con discursividades hasta entonces desplazadas del canon tradicional. La articulación entre ellas bien puede

constituir el objeto de nuevos acercamientos a la obra y al emprendimiento, que no puede obviar el examen de temas tan centrales como lo son el comparatismo, la apertura culturalista y la discusión historiográfica.

Empero, ese no fue el objetivo propuesto. Como ha sido dicho, el presente texto pretende simplemente –y, ante todo– una apertura: volver a leer de manera detenida *La literatura latinoamericana como proceso* para revisar de qué manera nuestro discurso crítico se hizo cargo de pensar a la vez tanto una realidad cultural mucho más diversa de lo hasta entonces admitido, como los nuevos desafíos de un campo de estudios en plena transformación histórica, disciplinar y política.

Bibliografía

- Altamirano, Carlos (2021). *La invención de Nuestra América. Obsesiones, narrativas y debates sobre la identidad de América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ardao, Arturo (2019). *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.
- Gómez, Facundo (2021). “Entre el comparatismo y el latinoamericanismo: debates en torno a una posible historia de la literatura latinoamericana”. *Anales de la Universidad Central del Ecuador*, 379, pp. 17-37.
- Gramuglio, María Teresa (2013). “Literatura comparada y literatura latinoamericana: un proyecto incompleto”. *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*. Rosario: Editorial Municipal de Rosario, pp. 374-385.
- Martínez, José Luis (1972). *Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana*. México: Joaquín Mortiz.
- Maiz, Claudio (2013). “Entrevista con Ana Pizarro: las redes de la crítica literaria y la gestación del proyecto de una historia de la literatura latinoamericana”. *Cuadernos del CILHA*, 14/17, 1-13.
- Mignolo, Walter (1994-1995). “Entre el canon y el corpus: Alternativas para los estudios literarios y culturales en y sobre América Latina”. *Nuevo Texto Crítico*, VII/14-15, pp. 23-36.

- Pacheco Carlos y Pizarro, Ana (1985). "Aprehender el movimiento de nuestro imaginario social". *La literatura latinoamericana como proceso*. A. Pizarro coord. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, pp. 67-77.
- Pizarro, Ana (coord.) (1985). *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (1985a). "Prefacio". *La literatura latinoamericana como proceso*. A. Pizarro coord. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, pp. 9-11.
- (1985b). "Introducción". *La literatura latinoamericana como proceso*. A. Pizarro coord. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, pp. 13-67.
- (coord.) (1987). *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México: El Colegio de México-Universidad Simón Bolívar.
- Pizarro, Ana (2004). *El sur y los trópicos*. Cuadernos de América sin nombre. Alicante: Universidad de Alicante.
- Rama, Ángel (2022). *Una vida en cartas. Correspondencia 1944-1983*. A. Rama ed. Selección y notas de Rosario Peyrou y Amparo Rama. Montevideo: Estuario.
- Remak, Henry (25 de marzo de 1980). Carta a Ángel Rama. Copia mecanografiada. Archivo Ángel Rama, Caja 31, carpeta 4.